



La forma que no basta

Brian Manuel García Pacheco

La casa no era pequeña.

Pero había empezado a quedarle justa.

Ella lo entendió una mañana sin ruido, mientras abría las ventanas antes de que amaneciera por completo. El aire entró con una suavidad casi doméstica, sin violencia, sin anuncio. Aun así, algo en ese gesto cotidiano tuvo la precisión de una sentencia.

No fue una epifanía.

Fue una medida.

Durante años había amado aquella casa. El azul de las paredes no era decorativo: era permanencia. Habían elegido el tono juntos una tarde de calor, entre risas y discusiones mínimas que parecían ensayos de una felicidad mayor.

—Este. No cansa —dijo él entonces, sosteniendo el catálogo abierto.

Ella aceptó. No porque no tuviera opinión, sino porque en ese momento el acuerdo importaba más que el matiz.

Ahora el azul ya no significaba descanso. Significaba contorno.

Cerró la última ventana del pasillo y se quedó quieta. La luz apenas delineaba los muebles. El salón parecía más amplio en la penumbra, como si la oscuridad retirara las paredes unos centímetros. Pensó que la claridad siempre reduce.

Escuchó el movimiento leve del dormitorio. Él aún no se levantaba, pero había cambiado de postura. Conocía esos sonidos mínimos: el roce de la sábana, el peso del cuerpo desplazándose, el suspiro que precede al despertar. Durante años su vida había

estado afinada a esos detalles. Había aprendido a medir el ánimo por el modo en que él apoyaba los pies en el suelo.

No lo resentía.

Lo que empezaba a inquietarla no era lo que había dado, sino la naturalidad con la que lo había hecho.

Preparó café sin encender todas las luces. La cocina tenía ese orden que solo se consigue cuando nadie desobedece demasiado. Las tazas alineadas. Los frascos cerrados con precisión. La encimera limpia como si nunca hubiera sido escenario de una discusión. A veces pensaba que la casa era más disciplinada que sus habitantes.

Él apareció minutos después, con el cabello aún desordenado y el gesto serio de quien arrastra pensamientos nocturnos.

—Te levantaste temprano.

—No dormía.

No hubo dramatismo. Tampoco reclamo.

Se sentaron frente a frente con el vapor del café subiendo entre ambos como una frontera leve. Él la miró con atención, como si estuviera leyendo un texto que empieza a volverse ilegible.

—¿Estás bien?

—Sí.

La palabra fue cierta y al mismo tiempo insuficiente.

Durante un tiempo habían discutido sin levantar la voz. El conflicto no era violento; era estructural. Él creía en la

continuidad como virtud. La estabilidad le parecía una forma elevada de amor. Ella también lo había creído. Pero en algún punto esa estabilidad dejó de expandirse y comenzó a fijarse.

—Ayer hablabas de irte.

—Hablabas de no dividirme.

—No entiendo por qué una cosa implica la otra.

—Aquí siempre soy necesaria.

—Eso no es malo.

—Depende.

—Ser necesario es estar vinculado.

—Ser imprescindible todo el tiempo es otra cosa.

El problema comenzó cuando entendió que ese talento también podía convertirse en amputación.

Los días siguientes transcurrieron sin estallidos. La casa se volvió más silenciosa, pero no más fría.

La casa no era enemiga.

Pero ya no bastaba.

No gritó.

No lloró.

No buscó testigos.

Solo supo, con una precisión sin estridencia, que el espacio que había habitado durante años ya no podía contenerla sin reducirla.

Y esa certeza —limpia, sin épica— fue suficiente.